

## EL DESCUBRIMIENTO

Esta es la historia de una piedra y de un lugar, de una piedra que no es como otras y de un lugar que tampoco lo es.

La Toma, el lugar, es una pequeña ciudad del norte de la provincia de San Luis. Su gente trabajadora y amable vive en la actualidad de diferentes actividades, la principal es la minería, donde la extracción de cuarzo y de mármol ónix resultan ser las más importantes, a tal punto que a esta localidad se la conoce como la “capital” del mármol ónix.

Los minerales son parte esencial de la vida de los “tomenses”. Lo que para otros son simplemente piedras para ellos son verdaderos tesoros.

Pero esto no fue siempre así: cuenta la historia que un día, la monotonía habitual de La Toma, se transformó en una verdadera fiesta. Esto sucedió en 1895, hace ya mucho tiempo, cuando Juan y Eduardo, que así se llamaban los protagonistas principales de esta historia, siendo niños y jugando al pie de las sierras encontraron por casualidad una pequeña piedra, verde con vetas marrones y bordes irregulares que parecían grandes montañas.

A Juan lo sorprendió el pequeño objeto con el que se tropezó al jugar a las escondidas -una de las pocas diversiones en esa época-, ya que le pareció diferente a todas las piedras que había visto en su corta vida. Lo que pudo haber sido un hecho aislado y simple, cambió su historia, la de Eduardo y la del lugar, casi por entero.

Ustedes se preguntarán por qué, y es que sucedió que cuando Juan se llevó a su casa la piedra, entusiasmado, se la mostró a su papá, y a él también le resultó curiosa. Pero el tema no quedó ahí, el papá de Juan le mostró la piedra al papá de Eduardo, ambos a sus vecinos, a los vecinos de los vecinos, y así, de boca en boca, la noticia sobre este objeto tan especial cundió por todo el poblado; que, por entonces, aun no entraba en la categoría de “pueblo fundado”, lo cual sucedería recién en 1906.

Muchas hipótesis surgieron sobre la asombrosa piedra y una de ellas se confirmó: este no era un mineral cualquiera y la pregunta que surgió era cómo habría llegado hasta esos confines de la tierra.

La intriga, la duda, lo insólito, pareció adueñarse de sus moradores quienes decidieron poner manos al asunto.

Lo que hicieron algunos de ellos fue preguntarle sobre lo acontecido a uno de sus más ancianos lugareños, por supuesto al que consideraban más sabio, porque había viajado por el mundo, eso decían.

Sucedió entonces que este hombre consultó a otros y la piedra pasó de mano en mano. Al principio todos la observaron con mucha atención y luego concluyeron que esa piedra no podría haber llegado hasta allí por arte de magia, pero que tampoco ningún forastero la habría traído, porque a decir verdad nadie visitaba el lugar. Entonces dijeron con mucha sapiencia que

ese pequeño objeto que había causado tanto revuelo, era de por allí nomás y propusieron realizar excavaciones en la zona del hallazgo.

Lo que tal vez imaginan, sucedió. Las palas rompieron una y otra vez la tierra y se descubrió muchísima cantidad de piedras igualitas, igualitas, a la investigada. Pero esto no terminó allí, esa piedra tan curiosa pudo saberse que se llamaba mármol ónix, un mineral importante y valioso. Así fue que algo pequeño y áspero posibilitó conocer que toda esa zona de La Toma era una gran mina, que recibió más tarde el nombre de Cantera de Santa Isabel, ubicada en el Cerro Tiporco.

Este centro minero permitió a sus pobladores progresar y cambiar sus vidas para siempre, pues gente de todos lados venía a buscar el preciado mármol. Los habitantes de La Toma adquirieron conciencia del valor de su localidad y de la riqueza que allí, aunque bajo tierra y a las sombras, iluminaba el futuro de todos ellos.

La moraleja es que, hasta lo más insignificante, como una pequeña piedra, puede resultar muy mágico como en esta historia; donde la vida de una ciudad llamada La Toma se transformó para siempre ante su inesperada aparición.